

*La historia lingüística de los conceptos: el problema de la intencionalidad*¹

Jacques Guilhaumou

CNRS/ENS-LSH Lyon

Resumen: El autor reflexiona sobre la evolución de la historia del discurso en Francia y su aproximación a la historia semántica, inspirada en la obra de Koselleck, y a la historia del discurso de tradición anglosajona. Tras repasar los antecedentes de la actual historia del discurso francesa desde los años setenta y evaluar la influencia de la obra de Foucault en esta disciplina, el autor aborda, a la luz de los últimos trabajos de Quentin Skinner, la cuestión de la intencionalidad individual y colectiva de los textos históricos, es decir, los mecanismos que constituyen y explican, en palabras de Koselleck, «la conexión empírica entre la realidad y el discurso».

Palabras clave: historia de los conceptos; semántica histórica; historia del discurso.

Abstract: The author thinks about the evolution of the history of discourse in France and its approach to semantic history as inspired by the work of Koselleck, and also to the history of discourse in the Anglo-Saxon tradition. After revising the precedents of the current French history of speech from the 70s and evaluating the influence of the work of Foucault in this discipline, the author approaches, in the light of Quentin Skinner's last works, the question of the individual and collective pre-meditation of historical texts, that is to say, the mechanisms that constitute and explain, in words of Koselleck, «the empirical connection between reality and discourse».

Key words: history of concepts; historical semantics; history of discourse.

¹ Traducción de Pilar Garí.

La historia del discurso en Francia, cuyas etapas hemos descrito a lo largo de los últimos treinta años (Guilhaumou, 2003) bajo la designación, sin duda reciente, de *historia lingüística de los usos conceptuales* (Guilhaumou, 2002), se ha aproximado a la *historia semántica* como resultado de los trabajos de Reinhart Koselleck y de la *historia del discurso* de tradición anglófona (John Pocock, Quentin Skinner), pero conserva su originalidad propia. Al tiempo que trata de restituir a grandes rasgos esa particularidad francesa, nuestra intervención pretende precisar la naturaleza de dicha aproximación, especialmente en lo que se refiere a la cuestión crucial de la intencionalidad.

1. Un recorrido por el análisis del discurso

Aunque, desde Lucien Febvre, los historiadores de la escuela de los *Annales* se vienen interesando por el vocabulario sociopolítico, hubo que esperar a los años setenta, cuando la lingüística pasó a desempeñar un papel central en el seno del estructuralismo triunfante, para que tomara forma en Francia el análisis del discurso en el ámbito de la historia. Estudios pioneros en esta línea fueron los que emprendimos Régine Robin y yo mismo, desarrollados en *Histoire et linguistique* (Robin, 1973) y en la obra colectiva *Langage et idéologies*, que lleva el significativo subtítulo de *Le discours comme objet de l'histoire* (Guilhaumou et al., 1974).

Al principio, la labor del historiador del discurso resulta esencialmente de orden sociolingüístico: se trata de asociar a un modelo estructural, presentado en forma de análisis lingüístico de palabras y enunciados en el seno de un corpus, un enfoque sociológico que remita al conocimiento de las condiciones de producción del corpus estudiado. Es, pues, una cuestión de co-varianza entre estructuras lingüísticas y modelos sociopolíticos. Esta labor inicial concede un papel importante al léxico y a su concreción en vocabularios, y, por tanto, se interesa por el análisis de palabras comprobadas en un contexto y en corpus de circunstancias, por ejemplo, en el estudio de las nociones-conceptos en el *Dictionnaire des usages socio-politiques, 1770-1815* (1985-2003). En un primer momento, el análisis en corpus selecciona, aplicando criterios léxicos, sintácticos y/o semánticos, palabras y enunciados de entre «lo universal del discurso», y más concretamente del espacio de los discursos políticos. Luego, apoyándose

en el conocimiento de las condiciones de producción, el analista del discurso intenta hacer visible la estrategia discursiva de los autores/actores de la historia. De tal manera que se trata más de acercar las prácticas discursivas en su historicidad y su especificidad que de constituir, de manera sistemática, una teoría del discurso articulada sobre una teoría de las ideologías. El discurso político es aprehendido en su momento histórico concreto, fruto de una perpetua modificación de conceptos sobre una base discursiva.

Abandonando la costumbre de los historiadores franceses de considerar los hechos en la transparencia de los textos y rompiendo con la cita ilustrativa, el historiador del discurso se dota de una «caja de herramientas» que es el resultado de diversos métodos lingüísticos. Entre ellos destaca el estudio de los campos semánticos, el análisis sintáctico de los enunciados y el enfoque léxico, enriquecido por una dimensión cuantitativa: la lexicometría. Ello no supone renunciar al aporte de instrumentos lingüísticos constitutivos de la historia de la lengua, principalmente la gramática y el diccionario. Estos instrumentos metodológicos están siempre de actualidad y han permitido instaurar, en el seno mismo de la relación entre historia y lingüística, una relación estable entre instrumentos léxicos, sintácticos y semánticos de análisis que responden a las necesidades permanentes de un método adecuado para permitir la descripción sistemática del uso de las palabras.

Sin embargo, la perspectiva abierta por Michel Foucault (1969) sobre los enunciados de archivo modifica de forma progresiva la relación inicialmente privilegiada entre la historia y la lingüística estructural. En efecto, dicha perspectiva introduce en la labor del historiador del discurso de los años ochenta una doble caracterización del enunciado de archivo. En primer lugar, el enunciado, tal cual se presenta en el archivo, reúne en sí mismo elementos descriptivos y datos reflexivos, al menos en su dimensión configurativa. Describir el itinerario de un asunto, la organización de un tema, la formación de un concepto y, mejor aún, la disposición de un mecanismo cronológico a partir de configuraciones de enunciados comprobados en el archivo, es dar cuenta, al mismo tiempo, de su dimensión interpretativa. Del mismo modo, la descripción de un enunciado comprobado permite acceder inmediatamente a la comprensión del sentido que se le otorga, sin pasar por la fase interpretativa de la tradición historiográfica. Aquí, el archivo ya no es un simple material impreso

o manuscrito del que se extraen referentes, sino que participa de un gesto de lectura en el que se actualizan configuraciones significantes, dispositivos particulares. Así, podemos considerar que el archivo siempre «abierto» de una época nunca se puede describir en su totalidad, que se ofrece a su lectura por fragmentos, temas, acontecimientos, asuntos y conceptos. Este primer aspecto de la problemática del enunciado se suma a la perspectiva etnometodológica sobre «la reflexividad de las descripciones sociales» (Widmer, 1986): los individuos-miembros de una sociedad, tomados en sus relaciones intersubjetivas, utilizan el lenguaje natural como contexto, recurso y tema interpretativos, dando al mismo tiempo un sentido a su acto por medio de un discurso reflexivo.

En segundo lugar, toda descripción de un enunciado comprobado en el archivo participa, en su dimensión inmanente, de un acto configurante centrado en una intriga, por utilizar los términos de Paul Ricœur (1983). Aquí se produce una relación privilegiada con el acontecimiento en la medida en que el alcance reflexivo del enunciado procede de su inserción específica en una acción. Una concepción en clave de intriga, desplegada a todo lo largo de un trayecto temático, adquiere un alcance global y cobra su significación última en el momento en el que emerge una expresión (o varias) susceptible de resumir la inteligibilidad del proceso descrito. De hecho, el espacio enrarecido del enunciado reflexivo, y por ende configurante, sólo tiene sentido en el seno de una dispersión de enunciados heterogéneos que permite una gran variedad de reglas para pasar de un enunciado a otro. Esta o aquella expresión comprobada otorga sentido a un trayecto discursivo y regula un campo discursivo por su inmediata vecindad con una vasta emisión de enunciados. Lo importante, contrariamente a toda interrogación sobre la originalidad léxica de un enunciado, es la regularidad enunciativa de un enunciado situado cerca de otro, de una riqueza incomparable por el solo hecho de poner de manifiesto las reglas de funcionamiento del trayecto temático en el que se actualiza aquel enunciado que, siendo poco habitual, resulta altamente reflexivo.

A decir verdad, el paso de la configuración metodológica inicial a una problemática del enunciado se precisa en torno a la noción de «formación discursiva», igualmente introducida por Michel Foucault y retomada, en el marco del análisis del discurso, por Michel Pêcheux (1990). En los historiadores del discurso se opera entonces

un desplazamiento de la definición «estructural» de la formación discursiva, en su articulación con la formación ideológica dominante, hacia el reconocimiento de estrategias discursivas inherentes a las formaciones discursivas, al poner en evidencia relaciones de hegemonía, alianza o antagonismo en el seno de una coyuntura discursiva determinada. En el plano más estrictamente teórico, y más allá del desacuerdo entre un enfoque hermenéutico, que privilegia «el movimiento de la interpretación» en el seno de «la unidad dividida» de toda formación discursiva históricamente comprobada (Michel Foucault), y un enfoque más «dialéctico», que pone el acento en «el interdiscurso» (Michel Pêcheux), es decir, en formaciones discursivas interrelacionadas por lo que puede y debe ser dicho en una coyuntura determinada, se trata de destacar el carácter «transvaluador», de un momento histórico a otro, de la noción-concepto de formación discursiva. De esta forma, esta categoría superior del conocimiento de las prácticas discursivas se revela fundadora de la historia. A partir de ahí, se produce un acercamiento a la problemática del «tiempo de la historia» formulada por Reinhart Koselleck bajo las categorías de «campo de experiencia» y de «horizonte de expectativa», partiendo de la consideración de que «no hay historia que no haya sido constituida por las experiencias vividas y las expectativas de hombres que actúan y sufren» (1979-1990, p. 308). De ahí el regreso a Foucault en los años ochenta entre los analistas franceses del discurso (Pêcheux, 1990), es decir, fuera del marco estructuralista inicial, coincidiendo con las preocupaciones expresadas por Quentin Skinner en su introducción a la obra colectiva publicada bajo su dirección con el título de *The Return of Grand Theory in the Human Science* (1985). El debate en torno a las obras de Gadamer, Habermas, Foucault, Ricœur, etc., centra desde entonces la atención de los historiadores de los conceptos sobre la base de una aparente paradoja: al introducir una perspectiva relativista sobre la actividad de la teorización, los «grandes pensadores» se han comprometido en nuevas y sólidas teorizaciones, pero con una mayor sensibilidad a las condiciones históricas y lingüísticas de formación de los saberes. Los conceptos pasan de ser unidades previamente determinadas a convertirse en armas, instrumentos y actos de lenguaje. Así pues, podemos hablar de un verdadero *cambio de terreno* en el ámbito francés de la historia de la lingüística (Guilhaumou, 1993).

Por un lado, la atención del investigador se dirige hacia la caracterización del hecho discursivo como acontecimiento, como acción

narrada: el discurso ya no es, pues, únicamente el lugar de enunciación de una acción, es también lo que produce la acción, es fundamentalmente un acto de lenguaje. Aquí, todo metadiscurso sobre las posturas enunciativas tiende a desaparecer en beneficio de una atención a lo que Pêcheux llama «la deslocalización tendencial del sujeto enunciator» en el propio seno de la materialidad de los textos. Por otro lado, se trata de poner prioritariamente el acento sobre el modo en que los individuos, en tanto que miembros de una sociedad, utilizan «el lenguaje natural» a la vez como contexto y como recurso para dar un sentido a sus actos. La atención se centra así en la parte reflexiva e interpretativa de los enunciados en una descripción que da forma a un acto configurante, generalmente centrado en una intriga. Es innegable, pues, que al adoptar esta postura hermenéutica, situando así «el giro lingüístico» inicial en el seno de un «giro interpretativo», el historiador del discurso ha cambiado progresivamente de terreno. Ya no busca simplemente estrategias discursivas que pongan en evidencia un «sentido oculto» en el uso diversificado de formas lingüísticas. Se esfuerza primero en restituir la capacidad de observabilidad práctica de los actores, autores y espectadores de la historia, a través de los argumentos que le son propios, mediante una investigación archivística lo más amplia posible.

Sin embargo, en la confrontación de los historiadores del discurso, desde los años ochenta, con los trabajos alemanes de pragmática histórica textual (Gumbrecht, Reichardt, Lüsebrink, 1983) ya se hace patente la importancia de medir los límites de este enfoque hermenéutico ante el riesgo de confundir los hechos sociales y los datos lingüísticos. Esta deriva «narrativista» llamó mucho la atención de los historiadores franceses, en particular a raíz de la lectura de las obras de Hayden White (Chartier, 1998). Reinhart Koselleck (1986-1997, 1988), en sus debates con Régine Robin y conmigo mismo (1988), ha insistido siempre en la necesidad de mantener la diferencia e incluso la separación entre realidad social y manifestación lingüística. Pero, al mismo tiempo, ha promovido una reflexión sobre «la conexión empírica entre la realidad y el discurso», insistiendo en el hecho de que la plena y completa comprensión histórica pasa necesariamente por el conocimiento de las condiciones lingüísticas de las que emerge el hecho histórico. Sin duda, el proceso que ha ido configurando al historiador del discurso ha producido, de una generación de investigadores a otra (Guilhaumou, 1992; Wahnich, 1997; Deleplace,

2000), numerosos resultados, también por lo que a la síntesis se refiere (Guilhaumou, 1998). Sin embargo, teniendo en cuenta el modo en que actúa el signo, que hace que, en una perspectiva semiótica, se llegue a una interpretación infinita de la realidad (Peirce, 1978), no es menos cierto que, al retomar la cuestión de la existencia de una realidad social frente al discurso (Searle, 1995), el historiador del lenguaje se interesa por la facultad que posee el espíritu humano de representar, por medio del lenguaje, el estado de cosas ya realizadas y, sobre todo, por realizar en el mundo, en un vasto horizonte de emancipación humana.

2. La cuestión de la intencionalidad

Así se precisa la importancia del debate en curso sobre la intencionalidad individual y colectiva. Dando este rodeo, en el espacio francés, se hace posible delimitar las diferencias, más que las convergencias, entre la historia lingüística de los usos conceptuales, término actual de la labor del historiador del discurso, y el otro componente de la historia de los conceptos en Francia, *la historia conceptual de lo político*, promovido por Lucien Jaume y Pierre Rosanvallon (1986).

Lucien Jaume detalló recientemente, en su intervención en la reunión de Nápoles, de febrero de 2002, titulada «El pensamiento en acción: por otra Historia de las ideas políticas», su trabajo personal sobre el tema (véase la versión española de este texto en este mismo número de *Ayer*). Desde su punto de vista, es esencial considerar lo que hace un autor al decir lo que dice, esto es, interesarse prioritariamente por el pensamiento en acción. Pero la cuestión que plantea aquí el analista del pensamiento político es sobre todo *cómo* dice el autor lo que hace; en otras palabras, cuál es la estrategia discursiva que pone en práctica en lo que dice cuando hace lo que dice. Se trata, pues, de situarse a cierta distancia de las creencias, es decir, de lo que el autor cree saber cuando dice lo que hace. De este modo, la preeminencia del analista de los conceptos, su capacidad interpretativa, queda firmemente marcada por un deseo mayor de diferenciarse de los recursos empíricos disponibles en el seno de la experiencia de los autores: la teorización del investigador-observador conserva la primacía interpretativa sobre los recursos

conceptuales de la acción del sujeto que actúa. Este punto de vista racionalista, léase «ideal» —en su llamada a la construcción conceptual de una interpretación ideal-típica—, introduce, por consiguiente, una crítica a toda posición que se considere de naturaleza intencionalista, concretamente a la posición de Quentin Skinner.

En este sentido, y más allá del reconocimiento recíproco de la importancia del pensamiento en acción, y, por tanto, de la dimensión performativa del pensamiento político, *la historia de la lingüística de los usos sociopolíticos y la historia conceptual de lo político* divergen en varios puntos:

En primer lugar, en el estatuto del metalenguaje. Atrapado en un «giro interpretativo» de naturaleza profundamente hermenéutica, el historiador del discurso evita, en la medida de lo posible, toda teorización dominante del analista sobre los textos, metadiscurso que tiende a sustituir, según él, los argumentos de los textos por las propias categorizaciones del analista, consideradas a menudo anacrónicas. El historiador del discurso centra toda su atención en los recursos interpretativos de las experiencias empíricas de este o aquel actor/autor. De este modo, deconstruye la linealidad de los argumentos de un texto a la vista de una relación empírica entre realidad y discurso, contexto y texto: un contexto a la vez históricamente descrito y discursivamente comprobado en el archivo se encuentra así presente en la diversidad misma de los argumentos del texto, no sólo bajo la forma de los usos, sino también de normas lingüísticas y de convenciones relativas al lenguaje.

En segundo lugar, en el estatuto del lenguaje mismo. Lucien Jaume (2002), recordémoslo, considera que «sólo partiendo del discurso (plural) de la sociedad, podemos comprender la realidad de lo que está en juego», pero, al mismo tiempo, quiere «romper con la visión positivista del dominio del lenguaje por parte de la persona que interviene», que, según él, es una concepción instrumental del lenguaje. En realidad, al sustituir lo que cree ser «positivismo» (lo que el autor sabe de lo que dice) por la destreza metadiscursiva del analista, y, por tanto, su lenguaje actual, este tipo de historia conceptual no tiene realmente en cuenta, según el historiador del discurso, la inteligibilidad propia del lenguaje de los actores. Sin duda alguna, su labor se centra en el «discurso de la sociedad sobre sí misma», y, por consiguiente, describe las categorías reflexivas de los autores sobre sus propias acciones, pero, por el hecho mismo de la pre-

minencia del analista, se esfuerza por reducir el lenguaje «reflexivo» de los actores a simples representaciones que conviene descifrar en su calidad de pensamiento «oculto». La historia conceptual no considera, pues, el hecho del fundamento del pensamiento en acto en la experiencia empírica de los actores, realidad que, según dicen los autores, otorga una dimensión cognitiva, referencial, introduciéndonos así en una forma de saber social.

Según el historiador lingüista, se debe considerar primero la existencia de una lengua empírica, de un estado de la lengua en un momento histórico preciso y en el seno del espacio-tiempo de comunicación; hiperlengua (Auroux, 1998; Guilhaumou, 2003b) en la que se establecen esquemas de pensamiento, introduciendo virtualidades en la lengua y justificando así el uso de reglas y convenciones antes de llegar al producto de esos esquemas semióticos que son los propios discursos. Así, la existencia de la lengua empírica remite a bloques de realidad en el seno del *continuum* del espacio-tiempo, irreductible a un solo sistema de proposiciones generales: procede de elementos lingüísticos comprensibles en sus relaciones espacio-temporales, es decir, determinadas por un espacio empírico de intercomunicación. Entre un bloque de una determinada realidad lingüística y otro siempre se establecen elementos de comparación, reflexión, abstracción, figuración, etc., a partir del material empírico disponible. En otras palabras, la lengua empírica está compuesta de estados y de sujetos cognitivos que fijan lo que en cada momento es posible en la lengua y dan instrucciones que permiten a los sujetos de la comunicación discursiva identificarse en el seno de una determinada práctica lingüística. Así, tal como precisa Ferdinand Saussure en sus manuscritos recientemente editados, «previamente, la lengua sólo se percata de los conceptos aislados, que esperan a que se los ponga en relación unos con otros para que haya significación de pensamiento» (2003, p. 277).

En tercer lugar, el debate trata sobre si hay una auténtica intencionalidad. La pregunta que plantea el historiador del discurso al pensamiento en acto de los autores-actores no es *cómo* dicen lo que hacen, en tanto que estrategia discursiva que el analista debería hacer visible, sino *por qué* lo hacen, y ahora por *razones particulares* que se expresan en creencias sinceras, racionales y consistentes. La intencionalidad remite aquí al hecho de que una acción sólo es inteligible en la descripción discursiva que el autor-actor hace de ella. Se trata,

pues, de considerar su aptitud para producir discursos con significados históricos particulares.

Quentin Skinner, introductor del debate sobre la intencionalidad en la historia de los conceptos, acaba de reunir sus intervenciones en este terreno y las ha reescrito parcialmente (2002). Mark Bevir ha retomado críticamente este asunto en su reciente obra *The Logic of the History of Ideas* (1999); finalmente, el debate se ha ampliado con los comentarios a esta obra, incluidos los del propio Skinner, y las respuestas de Mark Bevir a las críticas más recientes (2002). Skinner precisa, en primer lugar, que, en la historia de los conceptos, el problema principal no es conocer el significado de lo que un autor ha dicho y ha hecho. La cuestión planteada se conjuga en dos tiempos íntimamente ligados: 1.º ¿Qué ha hecho el autor al decir lo que ha dicho? 2.º ¿Qué ha querido decir el autor al escribir de un modo determinado? ¿Cuáles son sus intenciones al expresar esa cosa determinada? Se trata, pues, de establecer una conexión entre las significaciones (generales) y las intenciones (particulares) del autor-actor en el acto de interpretación; de este modo, el papel del historiador del discurso consiste en poner de manifiesto las intenciones del autor en el hecho mismo de escribir lo que escribe, sin por ello conceder a esas intenciones un valor final en la interpretación, por ejemplo, en forma de una toma de conciencia por parte del propio autor de un contenido acabado de pensamiento². Por ello, las intenciones del autor deben ser de carácter convencional, ordenado, para poder ser inteligibles y, por tanto, abiertas a la comprensión histórica. Estos estados intencionales, situados fuera de toda pretensión de dominio

² Quentin Skinner lo precisa así: «*What I am interested in is what texts are doing as much as what they are saying, so my concern is to provide the kind of contextual and inter-textual information that enables us to say, of any text that interest us, what kinds of intervention in what kinds of debate it may be said to have constituted. The question of whether the writer had it as his intention to contribute to those debates is, for me, secondary to the idea of the performativity of texts themselves. So I'm interested in discourse rather than authors, although it's hard to get that point across*» («Lo que me interesa es tanto lo que los textos hacen como lo que dicen. Me propongo, pues, proporcionar el tipo de información contextual e intertextual que nos permita decir, de cada texto que nos interese, qué tipos de intervención en qué tipos de debates pueden llevarse a cabo. Para mí, la cuestión de si el escritor tiene intención de contribuir a esos debates es secundaria respecto a la idea de la performatividad de los propios textos. Por tanto, el discurso me interesa más que los autores, aunque no me resulta fácil explicar este punto de vista») (fuente: correspondencia personal de J. Guilhaumou con Q. Skinner).

del saber y, por consiguiente, de todo privilegio de la consciencia, permiten, por su capacidad para hacer posible la realización de un estado de cosas, colocar un argumento en su contexto; dicho de modo concreto: contribuyen a dar un tratamiento adecuado a un estado de cosas aprehendido mediante la descripción discursiva dada por el autor. El autor se ve así dotado de una cierta fuerza de ilocución, por su capacidad de «ejecutar» un acto en su forma misma de hacer lo que dice, esto es, de insertarse en una «acción lingüística» (*linguistic action*) que, además de decir algo, produce alguna cosa al decirlo. Skinner abre así una perspectiva de investigación sobre el cambio conceptual en la historia que revoca toda preeminencia del pensamiento sobre la acción en beneficio de una manifestación del pensamiento, por abstracto que sea, en el campo mismo de la acción. De forma más concreta, aborda la historia de los conceptos como una acción lingüística que otorga al discurso político un lugar esencial en la teorización de lo político (Palonen, 2003).

Para avanzar más en los términos de la filosofía analítica (Austin, 1962-1970), las intenciones de un autor marcan la conexión entre la dimensión creativa, y, por tanto, no instrumental, del lenguaje y la performatividad ligada a actos particulares del lenguaje. De ello se deduce que los significados de un texto no pueden confundirse de entrada con las intenciones de su autor, por muy impregnados que estén de su conciencia, pues antes hay que identificar lo que esta o aquella intención significa para un autor en un contexto dado, cuál es, en definitiva, su grado de reflexividad en un universo lingüístico dotado de normas. Más concretamente, el historiador del discurso jalona la historia de los conceptos a partir del vocabulario normativo de una época determinada, es decir, con la ayuda del contexto multiforme de acciones lingüísticas definidas por el hecho mismo de que el potencial normativo de los conceptos está inmerso en la acción política. Se trata, a fin de cuentas, de estudiar la manera en que las normas retóricas y las convenciones sociales tienen fuerza ilocutoria en el uso argumentativo de los conceptos.

En este sentido, la cuestión de la intencionalidad no puede reducirse a la simple consideración del estado de un sujeto psicológicamente consciente de sus actos, sino que afecta tanto o más al modo en que el individuo se inserta en el mundo que le rodea. Así, Laurence Kaufmann, en su tesis sobre el concepto de opinión pública (2001), apunta que, si dejamos de lado una intencionalidad

del pensamiento reducida a un rasgo psicológico —que justificaría la crítica de Lucien Jaume—, es posible considerar, siguiendo los pasos de Wittgenstein, que existe también una «intencionalidad colectiva» (2002, p. 72). Aquí, según precisa Laurence Kaufmann, los hechos intencionales, más allá de las diferencias individuales, establecen una relación real que les da «ascendiente» sobre el mundo y los compromete de hecho con sus semejantes. La autora remite no a la interioridad de un sujeto consciente, sino a la exterioridad de las significaciones comunes. El uso impersonal y público de estas últimas preserva la dimensión intencional que permite a un sujeto remitir a una cosa del mundo garantizando la identificación, a través de otro, de «ese tema sobre el cual» es susceptible de hablar, pensar o creer. Ello justifica, por tanto, un acercamiento que no pretende reconstruir el sentido subjetivo que persigue uno u otro autor, sino que apunta sobre todo al sentido objetivo que emerge en lo social.

Mark Bevir profundiza en este debate sobre la intencionalidad. Sin volver a las tesis de su obra, que por lo demás ya hemos resumido (2001), ahora queremos modificar sus propuestas en un sentido más lingüístico. A este respecto, creemos poder afirmar que todas nuestras experiencias (lingüísticas) —desde la expresión de las creencias a la producción de los conceptos— son portadoras de teorías ligadas a un estado de cosas del mundo y a un estado de hiperlenguaje de la época de que se trate. En este sentido, realzan estados intencionales que constituyen otros tantos referentes de los discursos y, por tanto, de clases de objetos a partir de los cuales se producen los significados. Así pues, son las creencias las que constituyen la red en el seno de la intercomunicación humana sobre la base de la actividad de los propios individuos. Precisemos que las creencias expresadas no encuentran sus justificaciones en el interior del texto, como afirman los historiadores narrativistas, sino que sólo adquieren significado cuando los individuos empíricos inscriben previamente los objetos del mundo a los que prestan una forma significativa en esas creencias. En contra de todo pantextualismo, pero también a distancia de todo predominio analítico, se trata de afirmar que los textos no expresan por sí mismos las creencias, de modo que la representación de las creencias es secundaria en relación a su existencia significativa, material. Primero conviene aprehender el modo en que un estado de hiperlenguaje —con sus reglas de uso, sus instrumentos normativos, su espacio intercomunicativo— pone a

nuestra disposición, en un momento histórico determinado, cosas materiales percibidas en toda conciencia individual, por medio de los signos, como objetos situados fuera del texto. Así, los historiadores de los conceptos no atribuyen exclusivamente creencias a los actores basándose sólo en su producción textual, en sus discursos: primero ponen sus creencias en conexión a partir de objetos histórica e intencionalmente significantes, es decir, multiplicando, sobre la base de la consistencia propia del material textual, las inferencias sobre estos o aquellos estados intencionales que nos orientan hacia la mejor comprensión posible de los argumentos puestos de manifiesto en los discursos en acto.

* * *

La búsqueda de «la conexión empírica entre la realidad y el discurso» (Koselleck) confiere una dimensión cognitiva a la interrogación conceptual del historiador del discurso, pues sitúa su reflexión en la disposición empírica del mundo y permite circunscribir las condiciones lingüísticas de aparición de la comprensión histórica del mundo —a decir verdad, bastante reciente— en la historia de la humanidad. El análisis de las «acciones lingüísticas» (Skinner) restituye el estado del mundo en forma de reglas y convenciones, incluidas las retóricas, que regulan el proceso de significación sin confundirse con él. Al mismo tiempo, nos interpela sobre los usos, las normas y las convenciones del «lenguaje natural» de los autores, y, por tanto, sobre eso que, mediante una descripción conceptual, nos hace comprender la historia. Finalmente, la toma en consideración de la reflexividad de los actores en la parte local, incluso contingente, de los acontecimientos históricos permite también aprehender en el archivo «la deslocalización tendencial del sujeto enunciador (monarca, portavoz o representante)» (Pêcheux), y a la vez la capacidad del actor para disponer configuraciones significativas de palabras y de enunciados en torno a «intrigas». Así pues, a partir de la triple aportación de la historia semántica, de la historia del discurso y de la historia lingüística, podemos precisar aquello que en el «arte creativo de interpretación» permite aprehender la producción conceptual de los individuos autores-actores en su dimensión a la vez empírica e histórica. Ése es, a nuestro parecer, el objeto central de la historia lingüística de los conceptos.

Referencias bibliográficas:

- AUROUX, Sylvain: *La raison, le langage et les normes*, Paris, PUF, 1998.
- AUSTIN, John Langshaw: *Quand dire, c'est faire*, Paris, Seuil, 1962-1970.
- BEVIR, Mark: *The Logic of the History of Ideas*, Cambridge University Press, 1999.
- «How to be an intentionalist?», *History and Theory*, núm. 41, mayo de 2002, pp. 209-217.
- CHARTIER, Roger: *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétudes*, Paris, Albin Michel, 1998.
- DELEPLACE, Marc: *L'anarchie de Mably à Proudhon (1750-1850)*, Lyon, ENS Éditions, 2000.
- Dictionnaire des usages socio-politiques, 1770-1815*, en J. GUILHAUMOU *et al.* (dirs.), equipo «18^{ème} et Révolution», ENS-LSH Saint-Cloud-Lyon, siete fascículos publicados en la colección «Linguistique française», Paris, Champion, 1985-2003.
- FOUCAULT, Michel: *L'archéologie du savoir*, Paris, Gallimard, 1969.
- GUILHAUMOU, Jacques: «Die Reflexivität des sozialen Bewusstseins: von den Archiven zum Begriff», en R. REICHARDT y E. SCHMITT (eds.), *Die Französische Revolution als Bruch des gesellschaftlichen Bewusstseins*, München, Oldenbourg, 1988.
- *Marseille républicaine (1791-1793)*, Paris, Presses de Sciences Po, 1992.
- «A propos de l'analyse de discours: les historiens et le "tournant linguistique"», *Langage & Société*, núm. 65, septembre de 1993.
- *L'avènement des porte-parole de la République (1789-1792). Essai de synthèse sur les langages de la Révolution française*, Lille, Presses Universitaires du Septentrion, 1998.
- «L'histoire des concepts: le contexte historique en débat», *Annales. Histoire, sciences sociales*, mayo-junio de 2001.
- «L'histoire linguistique des usages conceptuels à l'épreuve des événements linguistiques», en Hans Eric BÖDEKER (ed.), *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2002a.
- «La connexion empirique entre la réalité et le discours. Sieyès et l'ordre de la langue», en M. SANTACRICE (ed.), *Faits de langue Faits de discours: qu'est-ce qu'un fait linguistique?*, t. 1, Paris, L'Harmattan, 2002b.
- «Geschichte und Sprachwissenschaft: Wege und Stationen in der "analyse du discours"», *Handbuch Sozial-wissenschaftliche Diskursanalyse*, Band 2, Opladen, Leske + Budrich, 2003.
- GUILHAUMOU, Jacques; MALDIER, Denise; PROST, Antoine, y ROBIN, Régine: *Langage et idéologies. Le discours comme objet de l'histoire*, Paris, Éditions ouvrières, 1974.

- GUMBRECHT, Hans-Ulrich; LÜSEBRINK, Hans, y REICHARDT, Rolf: «Histoire et langage: travaux allemands en lexicologie et en histoire conceptuelle», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXX, 1983.
- JAUME, Lucien: «La pensée en action: pour une autre Histoire des idées politiques», en *Les concepts fondamentaux du lexique politique et juridique européen*, Coloquio de Nápoles (febrero de 2002), 2003.
- KAUFMANN, Laurence: *A la croisée des esprits. Esquisse d'une ontologie d'un fait social: l'opinion publique*, tesis doctoral, EHESS/Université de Lausanne, 2001.
- «L'opinion publique ou la sémantique de la normalité», *Langage & Société*, núm. 100, junio de 2002.
- KOSELLECK, Reinhart: *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques* (traducción de *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtliche Zeiten*, Frankfurt am Main, Suhrkamp), París, EHESS, 1979-1990.
- «Histoire sociale et histoire des concepts», en *L'expérience de l'histoire*, París, Gallimard-Le Seuil, 1986-1997.
- «Probleme der Relationbestimmung des Texte zur revolutionären Wirklichkeit», en R. REICHARDT y E. SCHMITT (eds.), *Die Französischen Revolution als Bruch des gesellschaftlichen Bewusstseins*, Múnich, Oldenbourg, 1988.
- PALONEN, Kari: *Skinner. History, Politics, Rhetoric*, Cambridge, Polity, 2003.
- PÉCHEUX, Michel: *L'inquiétude du discours*, textos seleccionados y presentados por Denise Maldidier, París, Éditions des Cendres, 1990.
- PEIRCE, Charles S.: *Écrits sur le signe*, París, Seuil, 1978.
- RICEUR, Paul: *Temps et récit*, París, Seuil, 1983.
- ROBIN, Régine: *Histoire et linguistique*, París, Armand Colin, 1973.
- ROSANVALLON, Pierre: «Pour une histoire conceptuelle du politique», *Revue de Synthèse*, núm. 1-2, enero-junio de 1986.
- SAUSSURE, Ferdinand de: *Écrits de linguistique générale*, París, Gallimard, 2003.
- SEARLE, John R.: *La construction de la réalité sociale*, París, Gallimard, 1998.
- SKINNER, Quentin: *Vision of Politics*, 3 vols. (*Regarding Method, Renaissance Virtues, Hobbes and Civil Science*), Cambridge University Press, 2002b.
- (dir.): *The Return of Grand Theory in the Human Science*, Cambridge University Press, 1995.
- WAINICH, Sophie: *L'impossible citoyen. L'étranger dans le discours de la Révolution française*, París, Albin Michel, 1997.
- WIDMER, Jean: *Langage et action sociale. Aspects philosophiques et sémiotiques du langage dans la perspective de l'ethnométhodologie*, Éditions Universitaires Fribourg Suisse, 1986.

